

¿qué es todo el poder del hombre  
para apagar un volcan?

Brama al impulso del viento  
más la llama enfurecida;  
cruje la cúpula erguida  
bajo el voraz elemento;  
y es su crujir un lamento  
largo, ardiente, funeral;  
porque al estruendo fatal  
con que se hunde la techumbre,  
torna en pavesas la lumbre  
los laureles de *Pascual*. (1)

No hay pincel, no hay fantasía  
que, en sus tremendos colores,  
trace todos los horrores  
con que el incendio cundia:  
rojo mónstruo parecía  
de rabia y rencores ciego,  
que sin vagar ni sosiego  
iba el templo devorando,  
su ruina total jurando  
con sus mil lenguas de fuego.

¡Horas de horrible penar!  
Cada cual ante la hoguera  
lloraba como si viera  
ardiendo su propio hogar;  
y es que por tierra al mirar  
joya de tanto valer,  
despertábase de ayer  
en la mente mal dormidos,  
dulces recuerdos queridos  
de mil noches de placer.

¿Qué se hizo aquella ventura?  
¿Dónde el bullicio y la gala  
de aquella espléndida sala  
que presidió la hermosura?  
¿Dónde la grata dulzura  
que daban al corazón  
tanta divina ficción,  
que en raudales de poesía  
dió al mundo la fantasía  
de Lope y de Calderón?

Honda y muda soledad  
el recinto señorea,  
donde culto halló Romea  
en su nativa ciudad;  
y errando sin voluntad  
por su estension denegrida,  
contempla el alma sumida

(1) *Pascual*, pintor murciano, de tanto mérito como poca fortuna, que murió dejando en las pinturas que decoraban el techo del Teatro ROMEA la más acabada muestra de su talento.

en triste pasmo y asombro,  
tanto calcinado escombros,  
tanta majestad caída.

¡Llora, Murcia; llora, sí!  
¿Quién estrañará que llores?  
Yo á la voz de tus dolores  
tambien mi querella uní.  
¡Llora mucho; porque allí  
donde del génio la palma  
creció en bendecida calma,  
ya no podrán extasiarte  
los puros goces del arte  
que son la vida del alma!

Mas no; que estéril el llanto  
es en tu gran desventura.  
¡Afróntala con bravura!  
¡Sé más grande que el quebranto!  
¡Cumple tu deber que es santo;  
y dí al mundo con valor,  
que si un incendio traidor  
puede tus glorias borrar,  
otra vez saben brotar  
de tu entusiasmo al calor!

R. SANCHEZ MADRIGAL.

LA MADRE Á SU HIJO DORMIDO EN SUS BRAZOS.

Que tranquilo no en tu pecho  
se oculten finos dolores,  
de la dicha entre las flores  
hoy te duermes satisfecho.  
Gozas de tranquila calma  
de tu madre en el regazo,  
que del mundo fuerte lazo  
aun no aprisiona á tu alma.  
Hoy no piensa tu razon  
en los triunfos y la gloria,  
de amor maternal la historia  
se guarda en tu corazón.  
Unica historia en verdad  
que no dá llanto á los ojos;  
más tarde hallarás abrojos  
en las de amor y amistad.  
Que al recibirte mañana  
el mundo dentro su seno,  
solo encontrarás el cieno  
de miseria y pompa vana.  
Mas ¡ah! cruzarán los años  
llevando solo á tu alma,  
la pérdida de la calma  
á impulsos de desengaños.  
Por completo la quietud  
que no la pierdas confío,  
pues yo te he criado hijo mío  
practicando la virtud.

